

Varados en Calais tras huir de la guerra

Cientos de refugiados de Siria, Afganistán e Irak viven en Calais desamparados por las autoridades

MIGUEL MORA Calais 12 OCT 2013 - 22:48_CET34

Archivado en: El País



El campamento donde los inmigrantes malviven en Calais. / JOÃO PINA

Calais tiene fama de ser una ciudad demasiado expuesta a los invasores. Pero la leyenda le atribuye méritos heroicos. En el siglo XIX, Auguste Rodin esculpió el imponente monumento Los Burgueses de Calais para honrar la memoria de los seis notables que se entregaron a los ingleses para salvar a los habitantes del asedio en 1347. La leyenda creció en 1944, cuando 3.800 soldados resistieron durante un mes el asalto de dos divisiones Panzer. Hoy, la localidad francesa más cercana a Reino Unido —34 kilómetros de agua, autopista y alta velocidad— se ha convertido en una triste y demoledora metáfora de la traición de la Unión Europea a sus valores fundacionales de humanismo, paz y solidaridad.

A un centenar de metros de la playa de Calais, entre las dunas de arena y los arbustos bajos azotados por el gélido viento del noroeste, se encuentra La Jungla, un campamento ultraprecario donde viven algunas docenas de refugiados de la guerra de Afganistán. Cerca del puerto donde atracan los enormes ferries que vuelan sobre el canal de la Mancha, un centenar de jóvenes sirios se protegen del frío en 13 tiendas de campaña que apenas resisten de pie los embates del vendaval. En el centro, en una casa okupada, se hacinan 80 eritreos de piel tostada y mirada huidiza; y un grupo de 15 sudaneses sonrientes ha

venido en minibús a comer los bocadillos que reparte la ONG Secours Catholique en un local de uralita de la periferia.

En total, según las estimaciones de [Médicos del Mundo](#) y [Cáritas](#), en esta ciudad de 75.000 habitantes que hasta hace cuatro años tuvo alcalde comunista y en la que hoy medra un candidato de extrema derecha, hay en este momento unas 500 víctimas civiles de persecuciones y guerras viviendo en la calle.

Son casi todos hombres jóvenes, y vienen de lugares que suenan remotos y sin embargo han copado los titulares de la prensa occidental en la última década: Aleppo, Damasco, Darfur, Kabul, Kandahar, Peshawar, Tora-Bora...

Mohamed pagó 3.000 euros a las mafias para viajar de Egipto a Sicilia

“Kurdos, paquistaníes, afganos, somalíes o eritreos, todos han vivido historias parecidas, y el martes hicieron un minuto de silencio por las víctimas de Lampedusa”, explica Cécile Bossy, una activista de Médicos del Mundo.

Todos han llegado hasta la última frontera norte de la Fortaleza Europa tras cruzar el Mediterráneo y la Unión Europea, siguiendo las dos rutas posibles: Egipto, Turquía, Grecia, Italia, Francia. O Hungría, Austria, Italia y Francia. El sirio Mohamed, de 25 años, que hasta hace unos meses estudiaba cuarto de Económicas en la universidad de Damasco, resume así su viaje: “Ammán, Cairo, Siracusa, Catania, Milán, Ventimiglia, París, Calais. Y luego Alá dirá”.

Pese al drama que llevan encima, y aunque viven en condiciones infrahumanas, estos expatriados forzosos, que visten la ropa deportiva que les dan las ONG, no pierden el humor ni la hospitalidad. Reciben a los visitantes en su tienda de campaña entre risas y bromas, ofrecen todo lo que tienen —tabaco y galletas—, y cuentan sus historias con tanta dignidad como lucidez.

Algunos tienen estudios y hablan inglés o francés, como Jacob y Mohamed, pero hay también un albañil de Deraa —[la ciudad siria donde comenzaron las protestas contra el régimen](#)—, uno que era policía en Aleppo y desertó, y varios rostros silenciosos que prefieren hablar con sonrisas.

París tarda hasta 18 meses en decidir sobre el asilo; Londres, dos meses

Mohamed cuenta que perdió a su bebé de tres meses en un bombardeo de las tropas de El Asad y que después fue encarcelado tres semanas por dar una entrevista a la BBC. “Luego la familia se dispersó y cada uno salió de Siria como pudo. Mi mujer y mi madre están en Turquía, y mi padre y mi hermano, en Londres. Esta jodida guerra nos ha destruido, y aquí no puedo andar 30 metros sin que me persiga la policía”.

Los dientes blanquísimos del afgano Zandal, de 28 años, nacido en Kabul, contrastan con la podredumbre que destila La Jungla. Dice que lleva ocho meses durmiendo aquí y ocho años vagando por Europa: “Mi hermano era intérprete de las fuerzas italianas y los

talibanes le cortaron el cuello. Yo no puedo volver. Intento cruzar a Inglaterra en camión todas las noches, pero los perros siempre ganan. Ya sabemos superar el control del escáner tapándonos uñas y dientes, pero esos malditos perros ingleses nos huelen y nunca fallan. Y aquí seguimos, en el paraíso... Europa nos quitó todo, y ahora nos trata como a criminales”.

El objetivo de casi todos los refugiados que vagan por Calais, Dunkerque y Saint Omer es conseguir el asilo político en Reino Unido, explican Bossy y su colega Mohamed, que trabajan desde hace un año en estos baldíos donde la fórmula Unión Europea suena como un sarcasmo. “Algunos intentan obtener el asilo en Francia, pero aquí la burocracia pudrió el sistema hace diez años y los trámites pueden durar hasta 18 meses”, señala Bossy.

“Londres solo tarda dos meses en decidir, y les da albergue y comida mientras tanto”, cuenta el activista Mohamed. “En Francia no hay albergues, y tienen que dormir en la calle. Sufren una continua violencia institucional: mientras Hollande hablaba de ayudar a la oposición a El Asad y de atacar Siria, la policía acosaba a los refugiados en Calais”.



Mohamed huyó de Siria tras morir su bebé en la guerra. / J. P.

“Vienen a controlarlos a las seis de la mañana y luego les molestan para animarlos a marcharse, los tratan como a perros”, explica Isabelle, una profesora de Calais que en sus ratos libres enseña francés a los expatriados: “No tienen más remedio que jugarse la vida cruzando el canal en camiones o andando por los túneles, porque no pueden entrar legalmente en Reino Unido salvo que tengan familiares allí”.

Esta encerrona europea tiene un apellido muy literario: Dublín, y un nombre que suena a cuartel: reglamento. El reglamento Dublín II fue aprobado en 2003 por la UE con la idea de ordenar y limitar las concesiones de asilo político, un estatuto que no pocos Gobiernos han tratado de confundir, de forma tramposa, con los términos “inmigración clandestina”. El reglamento estipula que los países que dejen entrar a los refugiados “de forma irregular” deben tramitar su asilo. “El problema es que casi todos los huidos de Oriente Próximo entran en Europa por Italia o por Grecia, dos de los países menos acogedores”, explica Bossy, “y muchos refugiados prefieren seguir huyendo”.

Tras pasar varios meses en tierra de nadie, sin poder avanzar ni retroceder, 60 jóvenes sirios se subieron la semana pasada a una pasarela del puerto de Calais e iniciaron una huelga de hambre para pedir una solución. “¿Por qué no nos dejan pedir el asilo en el sitio donde queremos vivir?”, pregunta Shukan, el albañil de Deraa. Al cuarto día de huelga,

París reaccionó: les prometió tramitar su asilo y logró que los funcionarios del Reino Unido se acercaran a Calais. Dos jóvenes que tienen familia allí podrán cruzar legalmente el canal.

"Mientras Hollande hablaba de ayudar a la oposición a El Asad, la policía acosaba a los refugiados en Calais", denuncia un activista

Los demás pararon la huelga y siguen aquí, esperando para cruzar ilegalmente. "En Francia nos tratan como a animales. No nos fiamos", comenta Shukan. El goteo de recién llegados es continuo, aunque su futuro parece oscuro: París otorgó asilo político a 380 ciudadanos sirios en 2012, y según indican los datos globales, rechazó el 90% de las 61.400 demandas que recibió.

La solución, en el muro nórdico igual que en el sureño, son las mafias. Mohamed, el exestudiante de Económicas, cuenta que pagó 3.000 euros por el pasaje en barco desde Egipto a Sicilia, y que ahora ha abonado "1.000 libras esterlinas a unos tipos que garantizan el paso del canal. Ya lo he intentado diez veces, pero no ha habido suerte".

Otros, con menos medios, eligen cruzar a pie por el túnel del Eurostar, el tren de alta velocidad París-Londres. Las ONGs definen las muertes que se producen en ese lugar con un tecnicismo que quizá valga como metáfora de Europa: "Muerte por aspiración".